

Meditación ante el Señor de la Sentencia

Enrique Belloso Pérez
Delegado diocesano de Apostolado Seglar

Caminar juntos hacia la Eternidad

Basílica de la Esperanza Macarena, Sevilla 3 de noviembre de 2022

1. Junto a Jesús

Tú me miras y yo te miro Jesús...

Pongámonos en esta noche a los pies de Jesús, que hoy, ahora, es condenado a muerte. El Evangelio de San Mateo nos pone ante este misterio incomprensible de entrega hasta el final (*Mt 27, 22-23*).

Jesús está aquí hoy, también entre nosotros, humillado e indefenso. Parece que Poncio Pilato busca el modo de liberarlo, pero prefiere su posición personal, su propio interés. También, muchos de los que gritan el día de Pentecostés, sentirán *«el corazón compungido»* (*Hch 2, 37*), cuando Pedro les diga: *«Jesús Nazareno, que Dios acreditó ante vosotros [...], lo matasteis en una cruz...»* (*Hch 2, 22*). Gritan porque gritan los demás y, en ese mismo momento, la Justicia infinita es pisoteada por el miedo a la prepotencia de la mentalidad dominante. La sutil voz de la conciencia es sofocada por el grito de la muchedumbre.

Sí, la indecisión, el respeto humano dan fuerza al mal. Así lo afirma Martin Luther King: *“No me preocupa el grito de los violentos, de los corruptos, de los deshonestos, de los sin ética. Lo que más me preocupa es el silencio de los buenos”*.

Jesús has sido condenado a muerte porque el miedo al «qué dirán» ha sofocado la voz de la conciencia. Sucede siempre así a lo largo de la historia; los inocentes son maltratados, condenados y asesinados. ¿Cuántas veces hemos preferido también nosotros el éxito a la verdad, nuestra reputación a la justicia?

¡Jesús da fuerza en nuestra vida a la sutil voz de la conciencia, a tú voz! Míranos Señor como hiciste con Pedro después de la negación... Un silencio que lo inunda todo, nos envuelve en este momento de iniquidad.

Conmovidos pedimos a Dios el don de la conversión personal para que nuestra vida no sea un pozo sin fondo, lleno de muchas cosas y vaciada de Dios.

¡Lo único que puede dar plenitud a nuestra vida!

2. El agradecimiento es la memoria del corazón

Agradezco a la Hermandad de la Macarena, a su Hermano Mayor y su Junta de Gobierno la invitación a ofrecer esta meditación ante el Señor de la Sentencia. Para mí es una bendición compartir con todos este momento, que nos tiene que ayudar a profundizar en nuestra conversión personal, y también en nuestra conversión como miembros vivos de la Iglesia, como una comunidad que camina junta entre los consuelos de Dios y las dificultades del mundo hacia la Eternidad.

Iniciamos este mes de noviembre, tradicionalmente dedicado a los fieles difuntos, con dos fechas de mucho contenido humano y cristiano. El día 1, festividad de Todos los Santos, hemos hecho memoria de todos los hombres y mujeres que a lo largo de la historia han querido ser fieles al camino de Dios y ahora comparten su vida para siempre en la Eternidad. Y ayer, 2 de noviembre, recordamos y oramos por todos los fieles difuntos. Nuestros santos y santas ya están en Dios, en la Vida eterna. Y para nuestros difuntos confiamos que, por la misericordia de Dios, purificados de sus pecados, puedan ser ya admitidos a compartir la gloria de la excelsa Trinidad.

Pero: ¿qué es la Vida eterna o la vida en Dios?, ¿de verdad queremos esto, vivir eternamente? Tal vez, muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la Vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la Vida eterna les parece más bien un obstáculo. Hoy muchos de nuestros contemporáneos, quizás incluso algunos de los que están hoy aquí pueden pensar *“que seguir viviendo para siempre –sin fin- parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable”* (Benedicto XVI. Spe salvi, nn. 10-12).

San Agustín¹ nos recuerda que en el fondo queremos sólo una cosa, la *“vida bienaventurada”*, la vida que simplemente es vida, simplemente *“felicidad”*. La salida a este deseo es la Gracia, el don de Dios, la Vida eterna.

¹ De la vida feliz, BAC.

Pero la Vida eterna no es “*un continuo sucederse de días del calendario, sino el momento pleno de satisfacción*”, en el cual Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo, nos abraza y nosotros nos hacemos un solo abrazo con Él. Es el momento de sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tiempo –el antes y el después- ya no existe. Solo se vive un presente eterno, sin fin.²

Quizás esta realidad, que forma parte central del mensaje cristiano, se ha desdibujado en nuestros días, nos cuesta anunciar el Evangelio con nuestra vida, nuestra palabra, hacer las cosas como si todo dependiera de nosotros, sabiendo que es del Señor de quien todo depende. Esto nos dará la paz necesaria para seguir adelante a pesar de las dificultades del día a día, de nuestros desencuentros, de nuestras vanidades y egoísmos, de nuestra falta de confianza en Dios. Muchos viven indiferentes como si Dios no existiera, que al menos nosotros, este pequeño rebaño no se pierda, pero para eso tendremos que ser humildes y confiar plenamente en el Señor. Él es quien lleva la Iglesia a pesar de nuestras debilidades e infidelidades. Él nos espera siempre, no se cansa nunca, las puertas están abiertas para todos, somos un hospital de campaña que acoge a todos, sin distinción, que acompaña a todos y que está siempre al servicio de los últimos “*ensanchando el espacio de su tienda*” como nos pide el profeta Isaías (Is 54,21).

3. Meditar en cristiano

Me gustaría ahora volver sobre lo que estamos haciendo esta noche ante Jesús, ante el Señor de la Sentencia. Para un cristiano “*meditar*” es buscar una síntesis: significa ponerse delante de la Palabra de Dios y acogerla. El cristiano no la tiene cerrada dentro de sí, porque esa Palabra debe encontrarse con «*el de la vida*» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, 2706).

De meditación no hablan solo los cristianos³, también otras religiones, también personas que no tienen una visión religiosa de la vida. Porque todos necesitamos meditar, reflexionar, reencontrarnos a nosotros mismos, ¿verdad? Necesitamos este analgésico contra el estrés cotidiano y el vacío que se esparce por todos lados. Meditar, por así decir, se parecería a detenerse y respirar hondo en la vida.

Para nosotros los cristianos, la puerta de la meditación es Jesucristo. Aquí realmente presente en la Sagrada Eucaristía. Por eso nosotros cuando rezamos, como en esta noche, no aspiramos a la plena transparencia de nosotros mismos, no nos ponemos en búsqueda del núcleo más profundo de nuestro yo. Esto es lícito, pero el cristiano busca otra cosa.

Seguro que lo sabéis bien, pero quiero subrayarlo, la oración del cristiano es, sobre todo, un encuentro con el Otro, pero con la O mayúscula: el encuentro

² Meditación de noviembre 2015, José Ángel Saiz Meneses, Obispo de Tarrasa

³ Papa Francisco, 28 de abril de 2021, “Meditar es una forma de encontrar a Jesús”.

trascendente con Dios. Es decir, meditar es ir al encuentro con Jesús, guiados por una frase o una palabra de la Sagrada Escritura. Por eso, no es posible la meditación cristiana sin el Espíritu Santo. Es nuestro compañero de camino, es el Espíritu Santo quien nos guía al encuentro con Jesús. Jesús nos había dicho: *“Os enviaré el Espíritu Santo. Él os enseñará y os explicará”* (Jn 14,16).

La meditación no es una meta es un camino que hemos de recorrer juntos. Por eso si nos detenemos en el camino y miramos solo el camino, no encontraremos nunca a Jesús. Haciendo del camino, de la meditación, un dios, con minúscula.

Esta es por tanto la gracia de la oración cristiana: Cristo no está lejos, sino que está siempre en relación con nosotros. Cada momento de la vida terrena de Jesús, a través de la gracia de la oración y especialmente en la Santa Misa, se puede convertir para nosotros en contemporáneo.

Lo sabemos bien, vivimos del misterio, gracias al Espíritu Santo, también nosotros, los que estamos hoy aquí recogidos en oración, estamos presentes en el momento trascendental cuando Jesús es condenado a muerte por Poncio Pilato, es decir, es el Espíritu Santo quien nos une con estos misterios de la vida de Cristo porque en la contemplación de Jesús, hacemos experiencia de la oración para unirnos más a Él. Esto nos lleva a vivir estos misterios de la vida de Cristo y a encontrarnos con Cristo. Estas no son bonitas palabras, ni conjeturas filosóficas, es la realidad profunda que nuestra fe nos invita a vivir cada día.

4. Jesús nos invita a vivir junto a Él

Bien, hemos hablado de Vida eterna en el inicio de esta meditación y ahora quiero ir más allá, quiero hablarles de que, tras toda muerte, está el misterio luminoso de la resurrección. Para ello, me gustaría que entráramos juntos a contemplar y vivir las tres resurrecciones de Jesús.

No se preocupen, no estoy desvariando. Dicho de tal forma, parece que Jesús hubiera resucitado tres veces, y no fue así. Sólo resucitó una vez: *“...Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte no tiene ya señorío sobre él...”* (Rom 6,9). Pero hay tres muertes, con sus correspondientes milagros de Jesús, en las cuales vamos a pararnos a meditar brevemente. Estas nos darán mucha luz para avanzar en nuestra conversión personal y, porque no, también como comunidad, como Hermandad, cuyo único sentido, como Iglesia, es evangelizar (*Pablo VI, Evangelii Nuntiandi, 1975*)

La resurrección del hijo de la viuda de Naín

El primer milagro se refiere a la resurrección del hijo de la viuda de Naín. Y nos lo cuenta Lucas (Lc 7, 11-17). Jesús que viene de Cafarnaúm al entrar en la aldea ve una gran muchedumbre: es del entierro del hijo de una viuda. Este suceso trascendental para

la vida de este joven que estaba muerto e iban a enterrar, es un gran recordatorio de que nuestro Dios puede hacer cualquier cosa por nosotros, de que Dios está dispuesto a ser parte de nuestra historia.

Jesús ante la situación del entierro del hijo de esta viuda, nos enseña que Dios tiene compasión de nosotros. *“Y cuando el Señor la vio, se compadeció de ella y le dijo: No llores”* (Lc 7, 13). Tantos habréis experimentado en vuestras vidas esta compasión. Él es consciente de nuestros problemas, de nuestras luchas y viene a encontrarnos en ellas. Cristo con este milagro restauró tanto a la mujer como a su hijo a la vida, mostrando el corazón de Dios por los desamparados y desesperados.

Muchos piensan: ¿Cómo es posible que Dios permita que a ciertas personas les pasen tantas cosas? ¿Porqué Dios permite que algunas personas sufran tanto? Pero Dios busca siempre estar cerca de su pueblo, no es un Dios lejano, distante. A nosotros en nuestra cultura actual se nos enseña a ser autosuficientes, a no depender de nadie. Por desgracia, esta actitud también impregna nuestra relación con Dios. Nos negamos a darle el control de nuestras vidas pensando que podemos afrontar solos cualquier cosa que se nos presente.

No nos dejemos engañar por el ángel caído, que quiere aislarnos de la fuente de la vida. Dios sabe lo que necesitamos. Entreguemos le nuestros miedos, nuestras angustias, porque Él nunca nos abandona, Él nos cuida y nos sostiene siempre, aun en el momento de mayor oscuridad. Jesús sabe quiénes somos y dónde estamos, y anhela traer luz a nuestra vida. En el momento y lugar adecuado Él se hará presente, vendrá a nuestro encuentro, se hará el encontradizo en el camino de la vida.

Seguro que conocéis algún caso en el cual el milagro de misericordia llega sin que nadie lo solicitara. Haced memoria. Muchas veces, es Dios quien toma la iniciativa, quien primero se dirige hacia nosotros. Es Dios quien obra en la conversión del incrédulo. El Señor no ignoró a la pobre viuda. ¡Qué fácil es ignorar a los que pasan a nuestro lado! Mucho más si nos cuesta emotivamente. Dejamos el agua correr.

Cuando sentimos que se olvidan de nosotros o nos ignoran, recordemos que Jesús acudió a ayudar a la viuda cuando ésta lo necesitaba, así también, acudirá en nuestra ayuda. Cuando sufrimos los altibajos de la vida sentimos como si Dios no estuviera presente en nuestro día a día. Nuestra vida se mueve entre aburridas rutinas. Por eso, este relato resuelve definitivamente la cuestión de si Dios nos conoce y se preocupa por nosotros. ¡Cuántas veces lo hemos experimentado en nuestras vidas, y en las vidas de quienes nos rodean! Quizás si miramos atrás recordaremos a aquello que pareció una coincidencia en nuestra vida, pero nos daremos cuenta que a lo mejor, tal vez no haya sido una coincidencia. Sabedlo, Dios nos tiene en cuenta y vela por nosotros y lo hace a través de tantas personas que nos rodean y nos prestan su ayuda y amistad. Todo esto nos recuerda que somos importantes para Él y que nunca se olvida de nosotros.

La resurrección de la hija de Jairo, *talita kumi*

El segundo milagro es la resurrección de la hija de Jairo: A Jesús, llega un personaje llamado Jairo, jefe de la Sinagoga, rogándole: “...mi hija está a punto de morir, ¡ven! ¡impón tus manos sobre ella!, para que se salve y viva...!” (Mc 5,21).

Ante la adversidad a todos se nos presentan distintas reacciones: muchas veces huir, otras hacernos los indiferentes, también, por qué no, murmurar, y algunos le hacen frente. Pero no olvidemos que somos hijos de Dios y hemos de actuar con la sabiduría del Señor. Antes de que una crisis, del tipo que sea, llegue a nuestra vida, Dios ya lo sabe y nos prepara una salida.

Los milagros casi siempre tienen que superar obstáculos, como la incredulidad, el temor, el desánimo... A Jairo le dijeron “no molestes más al Maestro ya murió”. Pero Jairo se humilló delante de Jesús reconociéndolo como su Señor, como su Dios. Sí, la fe firme, derrota la burla, porque todo es posible para Dios. Dios tiene la última palabra. Persevera y confía en el Señor. Jesús tomando a la niña de la mano, dijo: “*Muchacha, levántate, entonces su espíritu volvió, e inmediatamente se levantó*” (Lc 8, 53-55).

Pero pensemos ahora cuantos niños y niñas, cuantos jóvenes han muerto prematuramente, nadie los salvó, no hubo milagro, aunque se pidiera insistentemente. Pero este milagro, el de la hija de Jairo, no terminó con el problema de la muerte, simplemente lo aplazó por unos años. El poder que tiene Jesús sobre la muerte es despojarla de su fuerza destructora. La vida en el mundo pasajero es solo un proceso donde vamos preparando nuestra futura resurrección. Por eso, hemos de estar seguros de que algún día el Señor nos podrá decir: “*contigo hablo, levántate*”, todo depende de nosotros, así también nuestro sepulcro, como el del Resucitado, quedará para siempre vacío.

Lo sabemos bien, Dios premia la fe. Allí donde hay fe, el Señor la probará para que crezca. Jesús resucitó a la hija de Jairo y quedaron atónitos, asombrados, impresionados, aunque la gran mayoría no creía que fuera posible. No hay nada difícil para Él. Como Jairo, acerquémonos a Él. Cree, ama, espera⁴ y te sorprenderás de lo que Dios hará.

Existen momentos en la vida en los cuales todo lo que tenemos para ofrecer no es nada en comparación con lo que necesitamos recibir. ¿Qué puede ofrecer un hombre a cambio de la vida de su hija? Jesús le pide: “*No temas, cree solamente*” (Mc 5, 36). Cuando las cosas se nos escapan a nuestras posibilidades es el momento de Dios para obrar, Jesús espera este momento para decirnos que no todo está perdido. Por eso, hay que ignorar a quienes digan que es demasiado tarde para volver a empezar, a los que nos puedan decir que no llegaremos a nada.

La fe comienza muchas veces cuando no escuchamos las palabras negativas y llenas de desánimo. Jesús nos dice “*confía en mí*”. En un campo de concentración, un prisionero dejó escrito: “*Creo en el sol, aunque no brille; creo en el amor, aunque nadie me ame; creo en Dios, aunque no me hable*”.

⁴ “Creo, amo, espero”, frase del siervo de Dios Miguel Mañara.

Desde el punto de vista de Dios la muerte no es permanente, es solo un paso necesario para pasar de esta vida a la Eternidad. La muerte no significa dejar de existir es solo una separación, sí dolorosa, pero no podemos dudar de nuestro Dios.

Todos pasamos a lo largo de la vida momentos difíciles, puede ser un problema económico, de salud, en la familia... Muchas veces parecen que estos problemas no tienen solución, pero la fe en Dios lo puede todo, aunque no entendamos, no comprendamos sus designios, Dios siempre esta a nuestro lado, nos sostiene y acompaña cada día.

¡Pero qué difícil resulta al orgullo humano reconocer que necesitamos a Dios, al mismo Dios que muchas veces hemos ignorado y menospreciado, y pasar por encima del “qué dirán” cuando nos ven acercarnos a Jesús!

La resurrección de Lázaro, el amigo de Jesús.

Y el tercer milagro es el de la resurrección de Lázaro (Jn 11, 28-44). Lázaro, amigo querido por Jesús, hermano de Marta y María de Betania, fallece. Jesús recibe la noticia, y aún espera varios días. Llama la atención que el Señor espere tanto tiempo. Jesús, espera a que Lázaro esté totalmente muerto, y no haya ninguna duda de ello.

La resurrección de Lázaro nos enfrenta a nuestros límites, al sufrimiento, a la muerte. Jesús viene a ayudarnos a salir de nuestras circunstancias, que tantas veces nos atan y no nos dejan vivir. Jesús nos libera de nuestras oscuridades, de nuestras ataduras. Jesús nos llama como a Lázaro y nos dice: “*Sal...*” de tu muerte en vida, sal de tu tumba.

Qué difícil es consolar a alguien que ha perdido un ser querido. En estas ocasiones, todo cuanto podamos decir o hacer siempre parece que resulta insuficiente. Pero el Señor, es diferente. Sí, es importante llorar con los que lloran, como lo hizo Jesús ante Marta y María, las hermanas del difunto. Recordemos como regla de vida, lo que el libro del Eclesiastés nos propone: “*Mejor ir a la casa del luto que a la casa del banquete; porque el que vive lo pondrá en su corazón*” (Ec 7, 2). Acercarnos a la muerte nos hace conocer nuestra propia debilidad y nuestro fin.

Jesús, el Hijo de Dios vivo, “*lloró*”. Creo que es conveniente que tengamos esto presente cuando se acusa a Dios de todas las injusticias y tragedias que ocurren a lo largo y ancho de nuestro mundo, como si fuera el culpable de ellas y no le importara el dolor de los seres humanos. Pero pensad que la causa última de todos nuestros sufrimientos es nuestro pecado, nuestro NO con mayúsculas a Dios. Jesús lloró y se conmovió por las consecuencias de nuestro pecado. Dios no es insensible, ni indiferente ante el dolor humano, sino que se identifica con él. Tres veces lloró Jesús en el Evangelio, cuando contempló la ciudad de Jerusalén, en Getsemaní y ante Lázaro muerto. En todas estas ocasiones, las lágrimas tenían que ver con nuestro pecado y sus consecuencias. Por eso no podemos vivir sin la conciencia del pecado. Dios nos perdona siempre, pero hemos de sentirnos pecadores y acudir al sacramento del perdón, siempre que lo necesitemos, con valentía y confianza. Es Jesús mismo quien nos perdona y nos dice como a la prostituta: “*anda vete y no peques más*” (Jn 8, 11).

¡Qué promesa tan grande!, *“si crees, verás la gloria de Dios”*. Así, aunque estemos rodeados de dificultades y de tinieblas, si creemos en Jesús veremos ciertamente la gloria de Dios. Jesús pidió al Padre que lo resucitara. Llamó a Lázaro por su nombre, la muerte no tiene valor alguno ante el Autor de la vida.

Si somos sinceros nos hubiera gustado saber un poco más de las experiencias que Lázaro pudiera recordar de los cuatro días que estuvo muerto. ¿Qué pasó después de que murió? ¿Cómo es el cielo? ¿Cómo se sintió al volver a la vida? Ojalá la resurrección sea un pensamiento que ilumine todo en nuestra vida. La muerte cristiana hemos de vivirla como si fuera un sueño, del que nos despertará el Hijo de Dios. Él nos dice: *“El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá. Todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre”* (Jn 11, 19).

Estas resurrecciones que Jesús nos ofrece en el Evangelio, nos recuerdan que ellos resucitaron con su cuerpo y volvieron a la misma situación que habían vivido. Pero cuando Jesús resucitó lo hizo con un cuerpo glorioso e inmortal. Esta es la verdadera resurrección que todos esperamos, resucitar juntamente con Cristo, con un cuerpo glorioso como el suyo, para toda la Eternidad.

Mirad estas tres resurrecciones en los milagros de Jesús, nos llevan al pensamiento del fracaso del hombre al pecar gravemente, que le deja al arbitrio total del Maligno. Jesucristo, el buen Samaritano, no da un rodeo para no contaminarse, Jesús, este mismo Jesús que contemplamos en esta noche condenado a muerte, y que más tarde morirá en una cruz, es el Señor del tiempo y de la historia. Él es el Señor de la vida. Ya todo depende de nosotros, no tengamos miedo, acerquémonos con humildad y agradecimiento a recibir su perdón, para vivir la vida que brota de la alegría del Evangelio. Porque la vida triunfa definitivamente sobre la muerte y porque *“con Jesús siempre nace y renace la alegría”* (Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* 1).

5. Vivir con Cristo para resucitar con Él

“Si fuisteis resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con Él” (Col 3, 01-04)

Como seguidores de Jesús hemos de sentirnos resucitados con Cristo mediante el don de la fe sincera. Les pregunto en esta noche ¿Cuál es nuestra vocación cristiana?... Les adelanto la respuesta, nuestra vocación es ser santos. La santidad consiste en transformarse, día a día, siguiendo los pasos de Jesús, sintiéndome muerto con Él para ser con Él resucitado.

¡Señor Jesús, concédenos la gracia de vivir y sentirnos resucitados contigo! Quien se siente *“resucitado”* ve toda la vida como don, como un regalo de Dios.

¿Cuáles son esas cosas de arriba? Un hijo de Dios, resucitado con Cristo, ha de ser fiel a Dios antes que a los hombres, ha de tratar de adquirir y mantener los mismos sentimientos de Cristo: misericordia, bondad, humildad, compasión...

Si pensáramos como hijos de Dios y obráramos conforme a los pensamientos de Cristo, miraríamos a lo alto y veríamos más allá de las apariencias engañosas. Si vivimos según pensamos, triunfaremos; si no lo hacemos, acabaremos pensando según vivimos, en nuestra indignidad...

Dios está en todas partes, y por doquier se derraman los frutos de la resurrección. Pero la muerte de nuestro hombre viejo, pecador, y la resurrección del mismo en novedad de vida, no se entienden como bullicio externo, vana gloria, exhibición de dones, cambio de imagen, cantos de autocomplacencia..., sino mucho más profundamente, como apropiación vital y comprometida de los sentimientos de Cristo. Con una vida escondida con Cristo en Dios⁵.

6. Dios siempre llega a tiempo

Hoy hace justo una semana, a las 3 de la tarde, en la hora que el Señor entregó su alma al Padre, muchos estábamos reunidos en una parroquia de Sevilla para celebrar la Santa Misa Exequial por el alma de una hermana nuestra. Ella había sido probada por la enfermedad y su vida, la vida de Rosario, en los últimos dos años fue transformándose y preparándose para este momento final de su estancia entre nosotros. Se palpaba el dolor en las caras de los que estábamos allí, la angustia y la desolación de acompañar a su marido, sus cinco hijos todavía muy jóvenes, sus padres y hermanos... Pero el ambiente, aunque de duelo se fue transformando poco a poco, se palpaba la presencia de Jesús resucitado entre nosotros.

Estábamos despidiendo a una mujer creyente, una cristiana fuerte, que supo entregarse a la misericordia divina y transformar en luz todos los malos momentos vividos. Luchó y venció con Cristo y nació a una vida nueva. Los testimonios de sus hijos, de su marido, aunque rotos por el dolor, estaban llenos de la luz de la resurrección. Sentían su pérdida, pero sabían que ella ya estaba en su casa. La vida, muerte y resurrección de Cristo cobraba sentido en ella. Se notaba en el ánimo de los que estábamos allí.

Jesús no la resucitó, como a la hija de Jairo, al hijo de la viuda o a su amigo Lázaro, sino que la resucitó a una vida nueva, su misma Vida, la Vida eterna. Ella purificada de sus pecados, ya no morirá más: *“Esta es nuestra fe, esta es la fe de la Iglesia que nos gloriamos en profesar”*.

La vida sigue, cada cuál, con su tarea, pero esos niños no olvidarán nunca el testimonio de su madre al entregar la vida, ni la fe de su padre y abuelos al despedirse de ella. Sus vidas seguirán adelante como las nuestras, pero lo vivido no lo olvidarán

⁵ Como le gustaba recordar a Santa María de la Purísima, hija fiel de Santa Ángela de la Cruz.

porque fue la manifestación palpable de que Dios existe, y nos ama hasta el extremo. Nos ama más allá de nuestras propias fuerzas, más allá de nosotros mismos.

Porque *“Dios siempre llega a tiempo”*, como nos recordaba una y otra vez nuestro querido Cardenal Carlos Amigo. Mañana será el mismo Dios quien le felicite su santo, en la alegría de todos los bienaventurados.

7. No adoréis a nadie más que a Él

Jesús sabemos que estás aquí entre nosotros, con tu humanidad grande y tu Divinidad, como Hombre y como Dios, el Verbo del Padre. Y, sin embargo, a cuantos dioses adoramos, al primero de todos a nosotros mismos. Pero Tú nos conoces y sabes que somos pequeños, nos miras siempre con misericordia, estás cada día con los brazos abiertos esperando nuestra vuelta, como en la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-32).

Aquí estamos Señor, queremos que entres en nuestra alma y seas suave bálsamo para nuestra vida, para que dejemos atrás nuestras tristezas y rutinas, y nos des un corazón nuevo para que se parta y se reparta como Iglesia entre todos nuestros hermanos. Especialmente entre los que más sufren, los perseguidos por su fe, los que carecen de lo más necesario para vivir con dignidad...

Danos Señor un espíritu nuevo, danos Señor un corazón nuevo, que cada día al alzarse el sol seamos capaces de mirar al mundo como Tú lo miras. Entra en nuestro corazón y cámbialo para que te amemos como Tú nos amas, para que veamos en tu divino rostro, a Aquel a quién adoramos en la Blanca Hostia.

Nada nos separará del amor de Dios, nada ni nadie nos separará jamás del amor de Dios, que tú nos das Jesús (Rom 8, 35). Sí, nada podrá separarnos de Su amor, de Tú amor Señor, presente realmente hoy aquí entre nosotros. ¡Jesús el Señor está vivo, aquí en medio de nosotros!

*“Eleva el pensamiento, alza la mirada, por nada te preocupes, que nada te turbe e impaciente. Ten confianza, venga lo que venga nada te espante. ¿Ves la gloria del mundo? Vanidad de vanidades, nada tiene de estable, todo pasa”*⁶. Aspira a lo alto, mira a Jesús, Él permanece siempre, te escucha, siempre te está esperando y camina a tu lado, Él es fiel y cumple sus promesas.

En este momento final de la meditación, te pedimos que mires Señor a nuestra iglesia doméstica, a nuestras familias, que el amor sea nuestro fundamento, la fe nuestro motor y la santidad nuestra meta. Queremos poner a Dios en medio de nuestra familia. Dios no cambia, Él con su Amor solo nos pide paciencia, confianza y fe viva, esto dará su fruto pues quien cree y espera, todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, ninguna prueba ni dificultad le puede hacer temer, pues Dios es nuestro mayor bien. ¡Sólo Dios basta!

⁶ Poema de Santa Teresa de Jesús.

Aunque nuestra debilidad se manifieste, Jesús, en tantas cosas, te queremos compartir con los que no te conocen, te queremos dar a quienes no tienen nada, porque *“en nuestra debilidad Tú te haces fuerte”* en nosotros (2 Cor 12, 9), ayudándonos a encontrar soluciones creativas y solidarias que hagan de nuestro mundo, un mundo mejor, donde todos puedan vivir con dignidad, como hijos de Dios.

“Soñemos hoy despiertos, con la esperanza que nos da nuestra fe, llena de amor: La Eternidad no es un sueño, no; es un romance de amor que viviremos mañana. ¡Es tan dulce la esperanza de nuestra fe en el amor...!”⁷

La Eternidad no es un sueño, una quimera, ojalá la vivamos de la mano de María, la Madre del Señor, nuestra Madre, Esperanza nuestra.

Tú me miras y yo te miro Jesús...: *“Creo, pero aumenta mi fe”* (Mc 9, 14).

Amén.

⁷ Madre Trinidad. Frutos de oración, retazos de un diario, pág. 540. Ed. Librería Editrice Vaticana, 1995.